

Reflexión sobre las políticas del autoritarismo digital en Venezuela

1) ¿Cómo impactan las plataformas digitales y los algoritmos en la vida política y la participación ciudadana en tu contexto?

En Venezuela, las plataformas digitales se han convertido en espacios de resistencia, pero también en terrenos de riesgo. Algoritmos opacos y sistemas de vigilancia estatal, como VenApp, 1x10 del Buen Gobierno y el rastreo de redes sociales, han sido utilizados para identificar, perseguir y judicializar a ciudadanos por ejercer su derecho a la expresión. La participación política se ha desplazado al entorno digital, pero este entorno está cada vez más controlado por mecanismos que penalizan la crítica, invisibilizan el disenso y promueven la autocensura. El algoritmo, lejos de ser neutral, se ha convertido en un actor político que decide qué voces se amplifican y cuáles se silencian.

Además, hemos documentado cómo los sistemas de delación digital y la criminalización por contenido audiovisual han generado un clima de miedo entre activistas, periodistas y ciudadanos comunes. El uso de publicaciones en TikTok, WhatsApp o X como “pruebas” judiciales ha transformado el acto cotidiano de comunicar en un riesgo legal. En este contexto, los algoritmos no solo median la visibilidad, sino que se convierten en dispositivos de castigo. La vida política se digitaliza, pero bajo condiciones de represión algorítmica que distorsionan el ejercicio democrático.

Frente a esto, es urgente democratizar el diseño y la gobernanza de las tecnologías. No basta con estar en línea: necesitamos plataformas que respeten los derechos humanos, que protejan la privacidad y que no reproduzcan lógicas autoritarias. La participación ciudadana debe ser posible sin miedo, sin vigilancia, sin castigo. En Venezuela, esto implica no solo resistir desde lo digital, sino también exigir transparencia tecnológica.

2) ¿Qué experiencias están reinventando la política desde lo cotidiano, lo popular o lo comunitario?

A pesar del contexto adverso, hemos documentado experiencias de resistencia digital que reinventan lo político desde lo cotidiano: redes comunitarias que se organizan por WhatsApp para denunciar abusos, colectivos que usan TikTok para narrar lo que los medios callan, y defensores que transforman sus teléfonos en herramientas de documentación y protección. En zonas rurales y urbanas, la política se reinventa en la solidaridad, en el cuidado mutuo, en la pedagogía digital y en la creación de narrativas propias. Estas prácticas, aunque fragmentadas, configuran una resistencia democrática desde abajo, tejida en lo íntimo y lo colectivo.

También hemos visto cómo las comunidades migrantes y diásporas venezolanas han creado plataformas digitales para mantenerse conectadas, denunciar violaciones y construir redes de apoyo transnacional. Estas iniciativas, muchas veces autogestionadas, muestran que la política no solo se hace en las instituciones, sino también en los vínculos cotidianos, en la memoria compartida y en la acción colaborativa. Lo popular y lo comunitario se convierten en espacios de innovación democrática.

En los barrios, en las radios comunitarias, en los grupos de Whatsapp, se está gestando una política que no depende de partidos ni de estructuras tradicionales. Es una política del afecto, de la escucha, de la acción directa. Movimiento Vinotinto ha acompañado procesos

donde la defensa de derechos se articula con la cultura, la educación y la resiliencia. Estas experiencias nos enseñan que la democracia viva no se decreta: se construye desde lo común.

3) ¿Qué pactos sociales necesitamos rehacer hoy para sostener una democracia viva y justa?

Necesitamos pactos que reconozcan el derecho a habitar lo digital sin miedo. Pactos que protejan la privacidad, la libertad de expresión y el acceso equitativo a la tecnología. Pero también pactos que reconozcan el valor de lo comunitario frente a la lógica individualista de los algoritmos. Rehacer la democracia implica dismantelar los sistemas de vigilancia injusta, reconstruir la confianza entre ciudadanía y Estado, y apostar por vínculos horizontales donde lo común no sea una amenaza, sino una promesa.

Estos pactos deben incluir el reconocimiento de los defensores de derechos humanos digitales como actores legítimos de la democracia. No puede haber democracia viva si quienes la sostienen son perseguidos, silenciados o encarcelados. Es necesario garantizar mecanismos de protección, justicia y reparación para quienes han sido criminalizados por ejercer su ciudadanía digital. La democracia no puede ser solo electoral: debe ser cotidiana, inclusiva y segura.

Además, debemos repensar el rol de las instituciones, las empresas tecnológicas y los medios de comunicación en la construcción de lo público. Necesitamos pactos que prioricen la empatía, la diversidad y la justicia social. Pactos que reconozcan que la democracia no es un algoritmo, sino una práctica colectiva. Desde Movimiento Vinotinto, creemos que estos pactos deben surgir desde las comunidades, desde la escucha activa y desde la articulación regional. Solo así podremos sostener una democracia que no solo esté viva, sino que sea digna.

Desde Movimiento Vinotinto, creemos que una democracia viva se sostiene en la protección de quienes la defienden, en la visibilización de quienes la reinventan, y en la articulación de quienes la sueñan. Desde Movimiento Vinotinto creemos que es el momento de promover formalmente un Pacto Internacional para el acceso y uso responsable del internet, que obviamente plantee los desafíos del uso de internet, como la desinformación y los discursos estigmatizantes, sin que esto signifique entregar un cheque en blanco para regímenes totalitarios.